

LA NOTA

ANÓNIMO

Prólogo

El bar estaba como siempre casi vacío. Los pocos pobladores de este, se apilaban en la pequeña barra, y tenía sentido, teniendo en cuenta que había solo un mozo, así que era esta la única manera de ser atendido.

Había una atmosfera enrarecida producto de la falta de ventilación y de la mezclas de humos de cigarrillos y pipas. Había más de un fumador en el lugar y aunque la prohibición de hacerlo estaba pegada en la puerta, ni a los consumidores ni al empleado parecía preocuparles en lo más mínimo la amenaza de la sanción en el decreto escrita.

La barra tenía detrás una serie de estantes donde había bebidas, vasos, jarras, medidas y todo tipo instrumentos que pueblan la cultura alcohólica de un pueblo. De las botellas, las más abundantes por lejos eran las de whisky barato y grapa.

Frente a la barra, había una serie de mesas pequeñas, cada una acompañada de cuatro sillas. Sin embargo ninguna de ellas estaba ocupada y no lo habían estado en bastante tiempo. Permanecían en la misma posición como un testimonio de muchos años atrás, cuando en el bar se servía comida y el lugar era más visitado. Otras épocas.

La realidad es que, de los seis consumidores que en ese momento se encontraban acodados en la barra cinco habían estado el día anterior y seguramente estarían el día siguiente, y el próximo. Había solamente un extraño. Ninguno de los presentes lo conocía, pero ninguno se preocupó realmente por él. El desconocido se vestía tal cual ellos y hablaba de la misma manera, había entrado al bar unas horas atrás y había dicho solamente dos oraciones: "Buenas tardes" y señalando un vaso "Mantenémelo lleno de Grapa". Dicho eso se sentó junto a la barra y dejó la vista perdida en el vacío. No dijo una palabra más. Tampoco tuvo necesidad, el vaso fue llenado asiduamente como pidió sin mediar palabra y ninguno de los otros cinco consumidores siquiera le dirigió una mirada. "No me juzguen", era la frase favorita del lugar y a ella se apegaban.

Los cinco asiduos concurrentes solían hablar usualmente de cuatro temas: fútbol, política, religión y mujeres. Pese a que había un cartel detrás de la barra que prohibía jocosamente hacerlo. Sin embargo este día, tal vez persuadidos por la aparición del desconocido, del cual no sabían qué tipo de filiaciones tenía, hablaban animosamente contando historias de índole más liviana, algunos cuentos graciosos otros que animaban a la meditación.

Un tipo que estaba en la esquina de la barra tenía la palabra. Era un hombre de edad avanzada, vestía una camisa blanca con rayas de colores la cual estaba no solamente

pasada de moda sino que también bastante gastada y sucia. La presentación personal no era una regla del lugar. Entre sorbo y sorbo de whisky decía:

- Había esta mujer. Era tan hermosa, tanto por fuera y por dentro. Tan católica, que amaba a Dios como a su marido. Rezaba todos los días y lo hacía con inteligencia y de corazón, siempre agradeciendo más que pidiendo. A tal punto era su perfección que el mismo Dios comenzó a prestar particular atención a esta mujer. Dios, que es el creador del cielo y la tierra, el universo infinito, el tiempo y el espacio; de cosas tan bellas y tan impresionantes que pueden dejar sin habla a los mortales y sin embargo se descubrió a si mismo atesorando a esta mujer más que a ninguna otra de sus creaciones. Nunca desde que le había dado el libre albedrío al hombre había visto en él semejante perfección, semejante adoración a Dios y sus creaciones, a la vida y a todo lo que lo rodeaba. El punto es, Dios estaba realmente impresionado, tanto que, aunque amaba a su creación y al hombre, amaba más que a todos a esta mujer. Pero Dios se encontraba en un dilema moral, por un lado... ¡Hey! él era Dios, el Creador, el Señor y sabía que ella lo amaba igual o más que a su marido; pero por otro lado el era lo más perfecto, era el creador del hombre y quien le había dado a Moisés los diez mandamientos, entre los cuales figura: “No codiciarás la mujer del prójimo”. ¿Ven el dilema? Si quería tomar a esa mujer podía hacerlo y en parte se sentía con el derecho; por otro lado, hacer semejante cosa no era digna de él y si lo hacía dejaba de ser lo que era. Dios sabía que no tenía la respuesta y que nadie en el cielo podría tenerla, ya que nadie ahí era más sabio que él. Decidió entonces que había solamente una entidad a la cual podía preguntarle: su contraparte. El Diablo, Satanás o Lucifer o como quieran llamarle. Contrariamente a lo que se podría predecir, el Diablo recibió a Dios, su creador, de manera excelente. Luego de hablar de los tiempos antes de los tiempos y ante la mirada interrogante de Satanás, el Creador decidió avanzar sobre el tema que lo había llevado al Infierno. Dios dijo: “Satán, tengo un problema, verás, me enamoré de una humana, pero ella es mi creación, es mortal y está casada. Por donde lo mire no me parece correcto”; Satán ni siquiera meditó la cuestión y respondió “No es tan malo, vos sos Dios, de última ella es como dijiste tu creación, te pertenece de todas maneras, y si no querés tomarla mientras viva esperá a que muera y entonces disputale el amor del marido, acorde al sacramento del matrimonio este es: Hasta que la muerte los separe, ¿no?”. Dios sonrió. Agradeció el buen consejo de su enemigo y decidió irse, pero antes de retirarse el Diablo preguntó: “Se puede saber quién es la favorecida”, el Señor no estaba muy complacido de tener que dar semejante información, pero, en muestra de agradecimiento decidió acceder. Luego de verla, esta vez fue el Lucifer quien sonrió. Ante la pregunta de Dios de porque reía Satanás contestó entre carcajadas: “Lo que pasa... es que ella, es mi

Creación, yo la hice para que me adorara a mí, pero aparentemente no me salió tan bien o tal vez por el contrario, me salió tan bien que enamoró a Dios”.

- ¿Cuál es la moraleja de esa historia? –preguntó otro de los que en el lugar se encontraban una vez que el primero hubiese terminado su historia.
- No la tiene, es una historia nada más.
- Bueno, es lamentable, no tiene sentido –intervino otro- Me quitaste varios minutos para hacer una historia que no tiene, ni pies ni cabeza.
- ¡Hey! Tan poco es tan mala –de defendió quien había contado la historia- Y la moraleja la pueden encontrar ustedes... no sé... que hasta Dios se enamora, que las mujeres son creadas por el Diablo, que ni el más perfecto es perfecto, no sé, ustedes encuéntrale el sentido que quieran. ¿Quién de ustedes tiene una historia mejor?

Nadie dijo nada durante unos minutos. Luego un tipo que estaba en el medio de la barra, un hombre de mediana edad, flaco y alto, de pómulos prominentes y ojos ocultos dijo controlando la respiración:

- ¿Nunca escucharon la historia de la nota? –todos negaron con la cabeza- supuestamente en un lugar como este, tal vez un poco más colorido y concurrido, una persona se acerca a la barra a tomar algo o pagar, no importa realmente, y encuentra sobre esta una nota. La nota dice algo así: “Se lo que has venido buscando, ahora no sé que esperarás para tomarlo”. El tipo, luego de leerla, encuentra en esta frase el valor para hacer lo que antes no podía. La nota le cambia la vida.
- ¿Ahí termina? –se quejó el viejo de la camisa a rayas- Esa es pero que la mía... ¿no?
- Es cierto, es muy mala –secundó otro la opinión del anterior.
- Es curioso que menciones esa historia. Porque es cierta –participó el desconocido que hasta ese momento parecía no estar interesado en la conversación trivial de los consumidores.

Capítulo I

La fama

El estudio de televisión aparecía emblanquecido por la luz potente de los focos. Los muebles y objetos de decoración parecían perder color ante la fuerte claridad. El lugar no era muy grande y carecía de acomodación para un supuesto público, pero quien lo había organizado había garantizado que pareciera grande para quien mirara a través del televisor. Un grupo de cámaras se apilonaban junto a los focos lumínicos y los micrófonos, todos ellos con su respectivo operador.

Todo lo que pasaba detrás de las cámaras parecía un caos, pero estaba perfectamente organizado y cada uno de los integrantes del staff sabían a la perfección su función. Aún cuando alguien cometía un error tenían varias maneras de contenerlo y resolverlo, esto se había logrado producto de varios años al aire y de una selección cuidadosa del personal.

Delante de cámara sentada sobre un sillón de color rojo estaba Cristina, la conductora del programa matutino que salía en vivo todos los días a las once de la mañana. Aún con unos cuantos años y varias historias, era una mujer hermosa y elegante. Sabía cómo explotar esa belleza, siempre lo había sabido. Vestía de forma elegante, pero no al punto de ocultar sus atributos físicos. Sonriente y confiada como siempre estaba pronta para comenzar el programa.

Cristina había comenzado el programa siendo muy joven y había logrado triunfar junto al programa. Si bien había comenzado como simple presentadora en la actualidad era también una de las productoras del programa. A pesar de los años el programa había mantenido una línea, esta era simple, trataban cualquier tema pero siempre evitando la controversia y buscando historias simples y poco profundas. Televisión, cine, moda y música eran los temas favoritos de la conductora y de su público.

Frente a Cristina sentados en otro sillón rojo había dos hombres de unos treinta años. Uno de ellos estaba cómodamente descansado mirando los arreglos previos de la producción. El otro, parecía algo más nervioso, miraba a un lado y al otro ansioso de terminar lo que había venido a hacer. Vestidos de manera bastante más jovial de la edad que tenían, los dos invitados, trataban en vano de mantenerse a tiro con la juventud que ya los había abandonado. Sin embargo, eran personajes famosos de la farándula, eran músicos desde hacía muchos años, líderes de una banda que había triunfado no solo en el país sino que había explorado otros mercados musicales. Con toda la experiencia y años promocionándose en programas, no se sentían del todo cómodos en un programa de televisión, el único lugar en el cual siempre estaban cómodos era sobre el escenario. Aumentaba la presión el tener una de las personas más célebres del país frente a ellos.

Una luz roja se prendió al fondo de la sala y el programa comenzó. Luego de que la conductora hiciera la típica perorata de bienvenida y de anticipo de lo que iban a ver en el programa, procedió a presentar a los ansiosos invitados:

- El día de hoy tenemos a unos invitados muy especiales, líderes del grupo musical EFEME, el cual se ha mantenido entre los más importantes de Uruguay, y ¿por qué no?, de América Latina por los últimos diez años –hizo una pausa al tiempo que dejaba de mirar a la cámara y miró a los invitados- Facundo y Matías sean bienvenidos por primera vez al programa.
- Muchas gracias –dijo Matías nerviosamente.

- Es un honor estar aquí –completó Facundo bastante más solvente.
- El grupo EFEME –comenzó nuevamente Cristina- comenzó una imparable carrera de éxitos musicales hace más de diez años ¿Cómo han hecho para mantenerse tanto tiempo?
- Es una buena pregunta –habló Facundo que estaba en mejores condiciones para hacerlo, luego de pensarlo un segundo contestó inteligentemente con una sonrisa - pero supongo que vos debes saberlo también, te has mantenido largo tiempo en el aire. No hay secreto, trabajo duro y práctica.
- Es cierto –sonrió Cristina recordando las horas de dedicación- Pero... ¿Y la música? ¿De dónde viene la inspiración para componer?
- De todos lados, de cualquier cosa, en mi caso –dijo Facundo dándole letra a su compañero y amigo.
- Yo soy más de la repetición –dijo secamente Matías.
- ¿Cómo es eso de la repetición?
- La música en mí, genera más música –se soltó por fin Matías- Digamos que estoy escuchando un tema cualquiera, automáticamente me pongo a evaluar el tema, y me digo a mi mismo, si yo lo hubiera hecho, hubiera escrito tal o cual cosa, y a la música le hubiera puesto esto o aquello, de hecho le hago tantos cambios que luego compongo algo diferente, o aparentemente diferente, para mí sigue siendo el mismo tema que escuché mejorado.
- Eso es interesante –dijo sorprendida la experiente conductora.
- Tendrías que verlo hacerlo –participó Facundo secundando a su amigo- es increíble verlo trabajar, en un momento está escuchando algo y de pronto sale con un tema nuevo con letra y música, uno queda como preguntándose ¿Qué camino tomó para llegar de A a D? Parece que se saltara B y C.
- El nombre EFEME –continuó Cristina con la batería de preguntas que tenía en una planilla y leía cuando la cámara estaba sobre los invitados- ¿Cómo se les ocurrió?
- De hecho, se le ocurrió a un muy buen amigo y ex integrante de la banda. Luego de haberse ido de la banda, un día apareció y dijo que tenía un nuevo nombre para nosotros, y ahí mismo nos lo dio y nos explicó el doble significado.
- ¿Qué doble significado? –preguntó sorprendida la presentadora.
- Tiene el doble significado de ser las iniciales de nuestro nombres, F por Facundo y M por Matías y también hace referencia a la onda radial de Frecuencia Modulada.
- ¡Es cierto! No lo había pensado, muy ingenioso, deben de estar muy agradecidos por su amigo.
- Claro que lo estamos y no solo por el nombre sino por el eterno apoyo.
- Su último disco ha sido récord de ventas ¿no es así?

- Si, es cierto, y estamos muy felices. Cuando hicimos este nuevo disco, que en verdad son “remakes” de canciones viejas, algunas que fueron exitosas otras que no tanto, no pensamos realmente que la gente fuera a comprarlo como lo hizo, es bueno como atrajo a diferentes generaciones.
- Uno de sus temas más famosos es “Sé lo que estas buscando” Está en el disco ¿No es así?
- ¡Por supuesto! –dijo sorprendido por la pregunta Matías- es uno de los temas insignia del grupo.
- ¿Fue el primer single famoso que tuvieron?
- Si –habló Facundo- por ese tema comenzó todo para nosotros, luego de que sacamos ese tema, la fama nos llovió del cielo. Representantes, discográficas, conciertos, programas de radio, todo parecía haberse complotado para ayudarnos.
- ¿Tanto así? ¿Quién compuso esa canción?
- Creo que en eso le tengo que dar la palabra a Matías –dijo Facundo- fue él quien la compuso. Es una buena historia, la ha repetido hasta el cansancio, pero... yo aún no le creo mucho. Es una historia nada más.
- Es cierta –se quejó Matías y luego de una mirada a su amigo se dispuso a hablar- Esto fue obviamente antes de que fuéramos famosos, no hacía mucho que habíamos cambiado el nombre, y el resto de la banda, no era lo que es ahora, éramos cuatro ahora somos seis. Me acuerdo que tocábamos en bailes, pubs y locales así, nuestra performance era bastante triste, hacíamos remakes de viejas canciones o canciones famosas, no tocábamos nada nuestro, los dueños de los locales no nos dejaban. Básicamente, nos contrataban para eso. Un día, en un baile, que actualmente ya no existe, luego de hacer nuestra típica presentación me acerqué a la barra a ahogar en alcohol mis penas de ser un músico patético. Luego de tomarme algunas, vi arriba de la barra un pequeño papel, doblado. Por pura curiosidad lo abrí, era una pequeña nota, decía: “Se lo que estás buscando, ahora, lo que no sé es lo que estás esperando” –hizo un gesto de excitación- Fue automático, comencé a tararear esa letra con la música de fondo, me fui a dormir con ese tarareo, al otro día me desperté tarareándola, lo llamé a Facundo y comenzamos a tocarla. Fue genial.
- Me acuerdo cuando me llamó –dijo Facundo tranquilamente- de esa parte de la historia puedo dar fe, no se le entendía nada, me acuerdo que nos reunimos y la tocamos, era una buena canción aún con batería y guitarra solamente, cuando le agregamos el bajo quedó como la conocemos ahora, no le quitamos ni agregamos nada, era perfecta.
- ¡Qué historia! –dijo Cristina con el rostro cambiado- ¿Realmente fue así?
- Otro más que no me cree... -se quejó Matías- pero es cierta, nunca podría olvidarme, porque también fue la noche en qu....

- Yo creo que fue el alcohol –interrumpió Facundo dándole una mirada de desaprobación a su amigo- esa noche se emborrachó y encontró la canción en el fondo de la botella, probando que están equivocados esos que dicen que “nadie encuentra la solución a un problema en el fondo de la botella”.

Capítulo II

El Amor

Las niñas terminaron de cenar y se fueron rápidamente a la cama a esperar que su padre les contara la historia usual de cada noche, una tradición que tenían desde siempre. Carolina era la mayor, tenía nueve años, cabellos castaños claros, ojos grandes y una sonrisa amplia, era la vívida imagen de su madre Paola. Florencia la menor, tenía siete años, de tez muy blanca y cabellera muy oscura, tenía la herencia de la familia de su padre Gabriel, aunque en verdad no se parecía mucho a él físicamente, aún así todos coincidían en que tenían una personalidad muy similar. Las niñas se arroparon para dormir, la mayor ayudó a la menor, luego se metieron en la cama y esperaron por su padre. Este no se hizo esperar mucho, nunca lo hacía, tomó una silla que había cerca de un escritorio y se sentó entre las camas de sus hijas.

Aún cansado por el trabajo, sabía que si no les hacía la historia de la noche, no se dormirían. El había instaurado esa tradición, y aún extenuado a veces, no se arrepentía nunca de haberlo hecho. Para él era un orgullo como padre el hecho de que sus hijas tuvieran esa dependencia y amaba la curiosidad que mostraban por las historias. Estas versaban sobre diferentes temas: cuentos típicos para niños; historia; elementos curiosos de la historia, la vida o la naturaleza; religión; mitología; incluso a veces filmografía o literatura.

Gabriel traía desde el camino del trabajo a casa una historia pensada, pero aún así, siempre les preguntaba qué historia querían, las hermanas nunca se definían por algo, así que el terminaba decidiendo. Pero esta vez la historia sería algo diferente.

- ¿Ya están prontas? –y luego de que ambas asintieran hizo la pregunta usual-
¿Que quieren que les cuente hoy?
- ¿Cómo se conocieron Mamá y vos? –preguntó Florencia para sorpresa del padre.
- ¿De eso quieren hablar?

Ambas asintieron sonrientes.

- Con su madre nos conocimos hace mucho –Gabriel trató de recordar con esfuerzo su propia historia- Fue al entrar al liceo a los once o doce, yo venía del mismo colegio y ella se incorporó ese año.
- ¿Y ahí se enamoraron? –preguntó Carolina mirando a su padre.
- No. Es más apenas si la registro en mi memoria. O sea –corrigió Gabriel- sé que estaba en mi clase, pero tengo un recuerdo vago de ella, apenas si nos conocíamos, era una clase grande y yo aún no era lo suficientemente maduro como para andar atrás de las niñas. Fue unos años después, en tercero del liceo o cuarto. Tendríamos quince.
- ¿Y cómo fue? –volvió a la carga Carolina, cada vez mas entusiasmada con la historia.
- Es una historia larga. ¿Seguras que quieren escucharla? –las niñas asintieron nuevamente y Gabriel prosiguió- Yo me enamoré de ella a los quince como dije, pero la historia de ella es diferente. Tu madre era muy hermosa, aún lo es. Pero era muy especial, por decirlo amablemente, nos trataba a todos los compañeros de la clase como a niños tontos, algo que espero que ustedes nunca hagan, siempre andaba de novia con tipos mayores. Era una joven que tenía más “jamases” que “siempres”.
- ¿Qué significa eso? –preguntó la menor.
- Significa que era una chica de esas que dicen “jamás haría esto, o aquello, o estaría aquí o allá, o viviría así o asá”. En resumen, para hacerla simple, ni corte me daba. Por otro lado, yo era muy tímido, al menos respecto a lo que a mujeres se refería, carecía de experiencia alguna como ya habrá quedado implícito en lo que dije antes.
- ¿Qué quiere decir implícito? –preguntó la mayor.
- Que se sobreentiende de la historia –dijo Florencia para sorpresa del padre que se disponía a contestarle algo muy parecido.
- Exacto –Gabriel contuvo las ganas de felicitar a la menor por temor que la otra se resintiese- Sigo entonces. Para hacerla corta, comenzamos a llevarnos mal, muy mal. Ella me odiaba y yo a ella. Nunca hemos hablado realmente quien lo empezó, pero tampoco es la cuestión. La vida nos mantuvo en la misma clase hasta sexto del liceo, ambos teníamos nuestros sueños y proyectos y eran bastante diferentes. Yo quería estudiar abogacía aquí y ella quería estudiar, no me acuerdo que, en Montevideo. Unos meses antes de que las clases terminaran, no sé aún por qué, comencé a analizar mis sentimientos hacia ella y me di cuenta que no solo no la odiaba, sino que de hecho la amaba. Pero aún tenía el mismo problema que a los quince, o parecido al menos. Esta vez no era timidez sino que más bien era orgullo. Como sea, el resultado era el mismo, yo me quedaba sin ella. Además ella estaba de novia con un ricachón, que en paz descanse.

- ¿Por qué “que en paz descanse”? –preguntó Carolina.
- Falleció pobre. Pero esa es otra historia que no sabrán hasta ser mayores. Sigo, ciertamente entré en pánico de pensar que la mujer que amaba se estaba por ir a Montevideo con otro, se estaba por alejar para siempre de mi vida. Recuerdo que tracé veinte mil planes diferentes para conquistarla, pero ninguno resulto ni remotamente practicable. En verdad, el mejor plan, pero el único que no se me ocurría, era simple, ir y decirle lo que sentía, pero como dije, carecía del coraje para hacerlo.
- ¿Y como se lo dijiste? –preguntaron casi al unísono las dos niñas.
- Fue en un baile, uno que ya no existe, hacía final del año. Yo estaba buscándola, creo que había pasado toda la noche haciéndolo. Cuando la encuentro, ella estaba con sus amigas, detestables por cierto, junto a la barra. Yo me puse más nervioso de lo que estaba. Ella estaba con un pequeño papel en la mano, lo dejó sobre la barra, cuando lo hizo me sonrió y me saludó graciosamente, luego se movieron de lugar unos metros. Yo casi instintivamente me moví a la barra, a tomar coraje. Olviden eso por favor – enmendó Gabriel para no tener que explicar el asunto del alcohol- Pero cuando me acerco a la barra, abro la pequeña nota y la leo, decía algo así como: “Se lo que estas buscando, no sé qué esperas”. Fue entonces que me cargué de valor. Me acerqué a ella y la tomé de la mano, la alejé de sus amigas y le comencé a hablar. No creo haber dicho nada muy coherente, las palabras se me atropellaban al salir y no lograba formular ninguna oración razonable. En eso, la música fuerte me ayudó. De pronto al ver que estaba haciendo el ridículo, y como dijo un amigo una vez el ridículo es un lugar del que nunca se sale, simplemente la miré a los ojos y le dije: “Te amo”.
- ¿Y ahí se besaron? –interrumpió Carolina impaciente.
- Déjame terminar la historia. La cara le cambió, no me dijo nada, se dio la vuelta y se fue del baile sin decir más. Las amigas fueron tras ella y al rato volvieron preguntando cosas como “¿Qué le había hecho o dicho?”, “¿Por qué estaba llorando?”. Obviamente yo no entendía nada. Pero la respuesta no tardó mucho. Al otro día, recién eran las once o por ahí, consideren que me había acostado cerca de las ocho, su abuela me despertó que tenía una llamada. Era Paola, su madre. Me preguntó si era cierto lo que había dicho y le respondí que sí, entonces me pidió que fuera a la casa. Me aceptó entonces y el resto es, como dicen, historia. Nos casamos unos años después y tuvimos dos hermosas hijas. Ahora, a dormir.

Las besó en la frente y salió del cuarto. Al salir casi se pechó con Paola, que estaba escuchando la historia del otro lado de la puerta. Sonreía alegremente. Gabriel le hizo la seña de silencio. Se abrazaron y fueron al cuarto. Al entrar, Paola tomó la palabra y dijo:

- Muy linda la historia, pero no la recuerdo exactamente así.
- Traté de ser lo más verídico posible. ¿En qué me equivoqué?
- Primero mis amigas no son para nada odiosas.
- No era para que escucharas eso –sonrió Gabriel- pero vos no sabes las cosas que me dijeron en aquel momento, aún me las siguen diciendo, yo se que hablan pestes a mis espaldas. Pero escucho ¿En qué más me equivoqué?
- No recuerdo haberme ido llorando. Eso lo inventaste. Solamente estaba confundida y ofuscada de que luego de haberte querido durante cuatro años tuviste el coraje de decidirte cuando ya tenía casi todo pronto para irme para Montevideo. Esa aún hoy no te la perdono.
- Es cierto –siguió riendo Gabriel al tiempo que se metía en la cama- ¿Algo más que acotar?
- De hecho sí –Paola se sentó en la cama y mirando a su marido dijo- ¿Eso de la carta de donde lo sacaste? Yo nunca te escribí esa nota.

Capítulo III

El honor

El viejo oficial de policía hacía una breve recorrida al joven oficial recién llegado:

- El complejo Penitenciario Santiago Vázquez, o como comúnmente se lo llama COM.PEN. Es el lugar donde cumplen su condena más de seis mil convictos de diferente peligrosidad, salvo raras excepciones, es aquí donde se alojan los más peligrosos criminales del país –extendiéndole una carpeta- en esta carpeta encontrarás la organización, distribución y ubicación de los reclusos, así como también las órdenes internas y todo tipo de información que hallaras vital para desenvolverte en este trabajo. Sé que es este su primer destino, y la verdad es que no es un lugar fácil para comenzar su carrera como oficial de policía, pero si se atiene a las reglas, se mantiene lejos de las tentaciones, que las hay de muchos tipos, y trata de mantenerse imparcial y objetivo le irá bien. Yo me encargaré de que así sea. Ahora ¿Tiene alguna pregunta?
- Sí –respondió el joven uniformado- ¿A qué módulo será asignado?
- Módulo cinco. ¿Alguna otra?
- Sí, señor –contestó respetuoso de su superior el recién llegado- ¿Hay algo especial de lo que deba cuidarme en ese módulo?
- Interesante que pregunte eso-el viejo oficial se arqueó en la silla, meditó unos segundos y comenzó a hablar nuevamente- De hecho si lo hay, muchas cosas, como todo aquí. Hay convictos que intentarán comprarle sus favores y terminarán chantajeándolo por hacerlo, hay otros que se drogan y bajo los

efectos de la droga pueden llegar a ser muy peligrosos, hay otros que son peligrosos sin motivo real alguno y de los cuales deberá cuidarse siempre... y hay otro especial...

- ¿Otro especial? ¿A qué se refiere?
- He estado en este lugar mucho tiempo, más del que quisiera y más del que nadie debería estar, he visto pasar a muchos reclusos, algunos salir y volver, otros salir para siempre, otros han estado aquí desde antes que yo llegara, uno de ellos es el Sr. Alejandro Martinotte, escuchará por ahí que lo llaman “Alejandro Magno” o “Magno” simplemente –el oficial se paró y sacó una carpeta de un archivador que tenía tras de sí- Es un tipo muy especial. Cuando llegué aquí era apenas más viejo que usted. Cuando me lo presentaron, de la manera que hoy se lo estoy presentando a usted, he de decir que me cayó muy mal, hoy por hoy, lo respeto, incluso llego a comprender, no a defender, las cosas que ha hecho. Aunque el archivo es frío, puede leerlo y sacar sus propias conclusiones, no lo aburriré con las mías.
- Me gustaría que lo hiciera, si no le molesta –insistió interesado el joven.
- Está bien, si así lo quiere... ¿Por donde empezar? –se preguntó el dueño del despacho- Empezaré por mi principio. Cuando llegué y tomé contacto con este sujeto, me enteré que había matado a un tipo y había sido condenado por homicidio doloso premeditado pero con atenuantes. Aún hoy no tengo claro lo que realmente eso quiere decir, el asunto es que tenía diez años de condena y le restaban tres más. Siempre me pareció un recluso normal, tranquilo, de los que no se meten con nadie, pero hay bastantes de esos, más de lo que uno podría suponer. Cuando faltaban unos meses para que terminara su condena, durante una visita familiar, otro recluso se metió con la señora del “Magno”, le dijo al pasar una bobería, yo estaba controlando desde las oficinas superiores y vi como lo tomó del cuello y lo asfixió hasta matarlo, a pesar de los guardias que intentaron impedirlo. Le aumentaron la condena otros diez años más.
- Un tipo muy peligroso –acotó el nuevo oficial
- Aguante que aún hay más –se apuró a seguir el policía de mayor grado- Unos tres años después mató a otro recluso, el cual estaba a punto de salir, en el patio, cuando lo indagaron por que lo había hecho, respondió: “Dijo que iba a tener relaciones con mi esposa cuando saliera”. Usó esas palabras exactas. Dos cosas sucedieron, primero le aumentaron nuevamente la condena y segundo jamás nadie se volvió a meter con la familia del tipo. Nadie de los reclusos. Se preguntará porque hice esa pequeña acotación, tal vez tenga una idea o haya escuchado algo.
- Nada señor.
- Es una historia que se difundió mucho, incluso en la prensa, algo distorsionada por esta, pero en fin, tuvo publicidad. Pocos meses después, un agente de

policía fue hallado muerto cerca en el techo de módulo. Nadie sabía quién lo había hecho, incluso se pensó que podía haber sido otro policía. Un día, durante las indagaciones, se formó a todo el módulo cinco en patio y se les preguntó si alguno lo había matado o sabía algo, parece algo desesperado y poco profesional, pero, para ser honestos no teníamos ni idea como había sucedido, y sí, con la prensa y todos nuestros superiores presionándonos estábamos desesperados. Recuerdo perfectamente que Martinotte levantó la mano en el fondo, cuando el oficial a cargo del momento le preguntó que sabía, el hombre con toda la tranquilidad del mundo respondió "Yo lo maté". Demás está decirle que "el Magno" no pasó unos momentos felices, el tipo se dejó hacer de todo y jamás se quejó. Fue indagado una y otra vez, y siempre respondió lo mismo: "Me aburrí de que hablara mal de mi esposa y mi hija". Cuando se le preguntó como lo había hecho, lo contó al detalle. Fue tanta la impresión del juez, que decidió mandarlo a psicoterapia. El terapeuta dijo que no estaba enfermo, que no era un psicópata, simplemente, que era un tipo orgulloso y que protegería el honor de su familia a cualquier costo. Fue entonces que los reclusos por haber matado un policía lo apodaron "Alejandro Magno". Para concluir, hace algunos meses mató a otro recluso que quiso violarlo. Así que no solo protege el honor de su familia sino que también el propio.

- Hay algo que no entiendo Señor. Verá, usted dijo que llegaba a comprender el por qué lo hacía, yo solo veo a un tipo extremadamente peligroso, tal vez tan peligroso que no debería estar aquí.
- No le pido que comparta mi postura, estoy de acuerdo en que tenga la suya propia, pero déjeme contarle algo de nuestro amigo Alejandro antes de que se vaya. Luego de que se acusase de haber matado al policía aquel, decidí interiorizarme más en la historia de este hombre que siempre parecía tranquilo, que en general tenía una excelente conducta y que de pronto, parecía que enloquecía y mataba a alguien sin remordimiento alguno. Averigüé el principio de la historia, antes de que fuera un convicto. Martinotte era un empleado de campo, vivía a las afueras de la ciudad de Paso de los Toros, era casado y tenía una hija de trece años. Un día la niña aparece en la casa luego de la escuela, en estado deplorable: sangrado, golpeada y sucia. Luego de un buen rato confesó que había sido violada por el hijo del patrón de su padre, un pibe de buena familia que tenía unos veinte años. El enfurecido padre fue a la policía e hizo la denuncia, sin embargo, muy inteligente el joven había conducido toda la tarde y velozmente hasta Salto y logró convencer a unos amigos de que salieran como testigos a su favor. Era la palabra de una chica pobre contra la de varios niños ricos. La cuestión ni fue a juicio. El pibe se quedó en Salto, y no se apareció más por Paso de los Toros, pero el pobre empleado no estaba dispuesto a dejarla pasar. Se fue a Salto un día y lo rastreó y siguió hasta un

baile. Ya dentro del baile, lo observó y observó, en algún momento, parece que se arrepintió de lo que iba a hacer, pero, cuando estaba a punto de irse, encontró una pequeña nota sobre la barra que decía algo así: “Se lo que viniste a hacer, no sé qué esperas”. Así que el Magno no esperó más y sacando un revolver del bolsillo mató al joven. Luego se entregó, cuando le preguntaron porque lo había matado respondió: “El me pidió que lo matara, el escribió la nota, evidentemente estaba arrepentido de lo que hizo”.

- ¿A qué quiere llegar con esto Señor?
- De parte de un viejo oficial a punto de retirarse y al irse de este de este lugar, le aconsejo a usted un joven oficial que recién comienza su carrera y recién llega a este lugar, le aconsejo, que no se meta con el tipo este, si lo hace aún faltándole poco para salir, encontrará la manera de darle muerte.

El joven oficial aceptó a regañadientes el consejo, no le gustaba temerle a un recluso, pero decidió darle la derecha en eso al viejo policía. Agradeció el consejo y se acercó a la puerta, cuando esta estaba ya abierta, se volvió y preguntó:

- ¿Alguien vio la nota?
- ¿Qué tiene eso que ver con el consejo que le doy? –preguntó el viejo enarcando las cejas.
- Nada señor, solo pregunto.
- “El Magno” siempre clamó que un policía corrupto la tenía, o una historia sí, lo cierto es que nunca nadie la vio.

Capítulo IV

El dinero

Félix Rodríguez terminó de despedir alegremente a los últimos invitados que quedaban en de su fiesta de compromiso. El lugar en el que había dado mencionada fiesta había sido su propio apartamento. Una lujosa suite en el último piso de un edificio de Miami, Florida; que tenía una excelente vista del océano Atlántico y desde donde se podía ver no solamente gran parte de la mejor parte de Miami, sino que también por las noches, las luces de la Habana.

El lugar estaba excelente amueblado y, aunque carente de verdaderos efectos personales, quedaba claro que se había gastado en la decoración mucho tiempo y dinero. Poblado de todo tipo de artefactos de última tecnología combinados con una exquisita selección de muebles y adornos, daban al lugar una sensación de estar dentro de una película o revista de decoración.

Félix Rodríguez era un tipo de estatura mediana, acumulaba más de treinta años de edad, era un tipo de complexión fornida y rostro alegre. Tenía el pelo negro oscuro al cual peinaba con mucho cuidado para parecer despeinado y una nariz pequeña y respingona que le quitaba formalidad. Vestía un traje negro muy elegante el cual comenzó a sacarse a medida que se acercaba a la terraza. Al llegar a esta, ya estaba casi desvestido, miró el exquisito paisaje que desde su terraza tenía y tomó un cigarrillo de una caja que había sobre una pequeña mesa ratona. Se acercó de manera furtiva a una piscina que había en medio de la terraza, en cuyo interior había una mujer que reposaba en la parte playa de esta.

La mujer se llamaba Catherine Fisher. Aunque nacida en una familia adinerada de Norteamérica, producto de su infancia en Florida, hablaba un perfecto español. Estaba cerca de los treinta y era muy hermosa. Alta, rubia, con un bronceado espectacular y muy elegante, podía vestir cualquier cosa y siempre traslucía su belleza. Pero en estos momentos no vestía nada. Fumaba mirando el vacío. Al ver acercarse a Félix le extendió su cigarrillo para que encendiese el de él. Aunque los encendedores pululaban en la casa, era una tradición que sostenían desde el día en que se habían conocido y ella le pidió fuego y él, a pesar de tener un encendedor, le acercó el cigarrillo para ver como se desenvolvía.

Rodríguez ya desnudo se metió en la piscina suavemente cuidando de no salpicar ni su cigarrillo ni el de Fisher. La miró sonriente y le preguntó en inglés:

- “What are you thinking bride to be?” - Muchas cosas, futuro esposo.
- ¿Se puede saber que son esas muchas cosas? ¿O es secreto?
- Me conocés, no soy mujer de muchos secretos.
- Es cierto –respondió Felix haciendo una mueca- aún así no respondiste si se podía saber o no.
- Una extraña asociación de ideas.
- Te escucho...
- ¿Hace cuanto nos conocemos Félix? –preguntó a forma de comienzo de la idea.
- Hace como seis años.
- Y en ese tiempo ¿Alguna vez te pregunté algo sobre tu vida anterior o incluso la actual?
- No lo has hecho –Félix comenzó a ponerse incómodo por la pregunta- Siempre supuse que no eras una mujer curiosa.
- No lo soy, o no tanto al menos –sonrió notando la incomodidad de su futuro marido y tratando de apaciguarlo dijo- No te preocupes, que no es nada serio. Aunque no lo creas se mucho más de ti de lo que crees. Sé que eres uruguayo, de una pequeña ciudad al norte de ese pequeño país. Sé que eres de origen humilde, muy humilde comparado con los estándares de vida de mi país. Sé

que llegaste al país de forma ilegal y que te dedicaste, al principio, a negocios de dudosa reputación y legalidad.

- No es... -trató de interrumpir Félix al verse además de desnudo, descubierto.
- Déjame terminar, no te preocupes antes de tiempo. Como decía, se muchas cosas sobre ti ¿en que iba?... as sí... se que amasaste una fortuna importante en muy poco tiempo y obtuviste una naturalización bastante dudosa, y luego de hacerlo, te dedicaste a negocios honestos e incluso ayudaste a combatir alguno de tus anteriores medios de hacer dinero. Sé que aún tienes familia en Uruguay porque he visto que le mandas dinero mensualmente, sé que no tienes verdaderos amigos aquí en América, o Norteamérica como te gusta que llamen a este país. Sé que no has tenido relaciones importantes con mujeres aquí exceptuándome a mí claro está, y he ahí la pregunta original que me llevó a pensar todo esto. ¿Ha habido alguna otra mujer importante en tu vida?
- Mi madre –respondió riendo Félix Rodríguez.
- Hablo en serio –Catherine retó a su interlocutor- En seis años jamás te interrogué sobre nada, y a veces, aún sabiendo algunas cosas, las obvié o simplemente te comprendí y jamás te juzgué ni te enjuicié por nada. Pero esto es algo que preciso saber. No me interesa realmente si has matado, si has robado, si has vendido droga o si has hecho cosas ilícitas, pero si me gustaría saber si has abandonado a una mujer en tu país con la promesa de volver algún día, o si, tienes algún hijo que no has reconocido, o alguna cosa similar.
- Te diré algo –Félix trató de ponerse serio, aunque no era este su fuerte- Me vine a los Estados Unidos cuando tenía diecinueve años. He hecho muchas cosas es cierto, me arrepiento de varias de ellas, pero siempre he hecho lo que hizo falta para sobrevivir. Jamás tuve en este país una relación importante, hasta que te conocí y supe que quería casarme contigo. Nada bueno sacarás de saber mi vida anterior.
- Aún así quiero hacerlo.
- ¿Estás segura? –Félix volvió a intentar disuadir a su interlocutora.
- Lo he pensado mucho, y sí, estoy segura de querer saberlo.
- Está bien, espero que luego no te arrepientas. No he pensado en esto en mucho tiempo. La respuesta es sí. Tuve una relación seria cuando era algo más chico, digo, éramos adolescentes, nos conocimos a los doce, pero aunque trate de verlo como una cosa de jóvenes, lo cierto es que no lo fue, fue algo importante. Éramos vecinos, ni recuerdo bien como comenzamos a salir, pero yo fui el primero de ella y ella fue mi primera, y única, hasta que llegué aquí. Desde siempre teníamos sueños de casarnos y vivir juntos. Crecimos emparejados y soñamos con seguir así para siempre, pero los sueños a veces se esfuman.
- ¿Qué pasó? –preguntó Catherine nerviosa, pero ansiosa por la respuesta.

- Un día desperté y vi a mis padres que trabajaban de sol a sol y jamás tuvimos nada y entonces me di cuenta que yo iba por el mismo camino, de que jamás tendría dinero en mi país, dinero como yo quería tener. Dinero como el que ahora tengo, ya que estoy entre las cien personas más ricas de este mundo. Comencé a aborrecer los sueños que con ella habíamos trazado, me di cuenta que eran los sueños de ella, no los míos, los míos eran más simples, solamente quería ser rico. Nada más. No quería tener hijos que se preocuparan por el dinero, que algo les faltase. Para tenerlos así, prefería simplemente no tenerlos.
- Y que pasó ¿La dejaste nada más?
- Costó más que eso. Acordarte que éramos novios desde muy niños y ciertamente yo la quería aún. No compartía su idea de la vida, pero la quería. Primero, traté de convencerla de que se viniera aquí conmigo, pero no tuve éxito, me di cuenta entonces que tendría que dejarla, pero como hacerlo era la cuestión.
- ¿Y cómo lo hiciste?
- Ahora que lo pienso, es una buena historia. Un sábado a la noche, fuimos al baile, como lo hacíamos todos los sábados. Yo ya estaba convencido de lo que quería hacer, quería venirme aquí, pero no sabía cómo encararla para decirle.
- ¿Y? –preguntó ansiosa Fisher.
- Ella me dio la solución. Yo la dejé un momento junto a la barra y me fui a saludar a un amigo, cuando volvía vi que ella dejaba una pequeña nota sobre la barra y luego se fue al baño. Me acerqué a la barra y leí la nota, no me acuerdo exactamente que decía pero era algo así: “Se lo que querés, pero no se que esperarás para hacerlo”. Cuando volvió del baño, le dije mi plan, y que si no me acompañaba la tenía que dejar.
- ¿Qué dijo ella?
- Simplemente me dijo que ella no me podía seguir y que tuviera suerte. Tal vez hubo un poco más discusión, pero al final cedió. A la semana me vine para aquí.
- Es una buena historia –dijo Catherine y acercándosele para besarle agregó en inglés- “I give you that”.

Se besaron un buen rato, disfrutando del agua tibia de la piscina, luego Catherine se separó un poco de Félix y con la vista llena de malicia volvió a la carga:

- ¿Alguna vez supiste algo más de ella?
- Alguien me dijo que se casó hace tiempo con un policía o algo así –respondió con desinterés Félix acercándose nuevamente a su futura esposa.

